

Con la venia de su divina majestad.

Hoy vengo a ti, señor de la Buena Muerte, luz del estudiante; del afligido; del gozoso; y del dolorido, a rogarte que escuches mi súplica y mi palabra en forma de oración.

Postrado ante tus pies, y mirando tu rostro de bendita paz y misericordia, quiero pedirte perdón. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa [...] Por todas esas veces que el miedo sella mis labios con el pesado acero de la vergüenza, haciéndome incapaz de dar testimonio de ti. Por esas ocasiones en las que el amor al prójimo se esconde, y se pierde tras el amor propio, ocultando así, la verdad que traen los ojos del hermano amado y agradecido. Perdón, por cuando ira y desesperación se adueñan de mi cabeza, dando lugar al odio y al rencor, y por esas ocasiones en las que, intentando contenerlo, lo descargo sobre aquel que intenta ayudarme.

Perdón, por cuando, como aquel siervo negligente y holgazán, escondo mi talento bajo tierra, por cuando la pereza vence el afán de superarnos, en vez de trabajar para ser y dar testimonio de tu fe, y perdón, por cuantas veces, en mitad de las tinieblas, dudamos de ti, sin llegar siquiera a darnos cuenta de la claridad que el misterio de tu redención trae consigo. Perdón por tanto...

Hoy vengo a ti, a tu morada, abierta, como siempre, de par en par a tus hijos, pese a saber que no soy digno de ello, a pedirte...

Abre señor mis labios, y mi boca proclamará tu alabanza, elimina de mi boca el miedo y de mi cabeza la sed de venganza, enséñame a amar al prójimo con la misma adoración con la que amamos a nuestra madre y señora de la Angustia, y ayúdame a santificar mi trabajo, para que se convierta así en ofrenda permanente, y estandarte de tu fe.

Acuérdate, señor, del malherido en la fe, que tu vara y tu callado le señalen el camino. Sé el agua del sediento, el pan del hambriento y la riqueza del pobre, la salud del enfermo y el consuelo del desamparado.

Ayuda al estudiante, al trabajador, al padre, a la madre, a los gobernantes... y a todos aquellos que lo necesiten, y que, como nosotros, busquen en tu mirada la ayuda divina que tanto necesitan.

Aparta de nosotros la tentación, y danos fuerza para cumplir tu voluntad, y así, apartar al maligno de nuestras vidas, siguiendo el ejemplo de todos aquellos que se hallan contigo en la vida eterna.

Dales el eterno descanso a todos aquellos que abandonaron la tierra, para buscar la paz y el gozo en la gloria del reino tuyo de los cielos. Descansen en paz, descansen contigo.

Ayúdanos a encontrar nuestra vocación, para que podamos hacer de ella una vía de santidad, así como a encaminar en la fe y la santidad a todo aquel que lo necesite, ayúdanos a ver más allá de un rostro o una prenda de vestir, y a ser capaces de ver personas, ayúdanos, porque, viniendo de ti, todos pondremos algo de nuestra parte.

Sigue dándonos la vida  
E inundándonos de luz  
Para encontrar la alegría  
En la salvación de tu cruz  
De todos nosotros cuida,  
Danos la paz, haznos fuertes  
Y sé pan de cada día,  
Cristo de la Buena Muerte